

ninguna, en la visión dantina se les describe cubiertos de una capa que brilla exteriormente como el oro bien que por dentro sea de plomo macizo y oscuro. Y así van caminando lentamente cuesta arriba aparentando lo que no son...

Pues así juzga el pueblo á los que se ensañaron con Verdagner y á cuantos le vieron remontar su calvario con la más glacial indiferencia sin que le alargasen la mano compasivamente. Acaparadores de todas las virtudes de Cataluña, hasta hacen gala de nuestros defectos y de ellos se vanaglorian como de cualidades óptimas; nadie es tan catalán como ellos, y sin embargo vieron pasar al pobre mártir volviéndole los ojos con todo y ser el símbolo viviente de nuestro pueblo!... Digan lo que quieran no hay que fiar: lleven la capa...

CAPÍTULO VI

La Misa de Verdagner

Sumario: Cómo se jugaba con la buena fe de Mosén Cinto.—Intervención del Dr. Font, Vicario General de Gerona.—Obsesión de Verdagner para recobrar la misa.—Carta dirigida al Cardenal Monescillo.—Carta dirigida á S. A. la Infanta Isabel.—Carta de Monseñor Cretoni á Verdagner.—Carta del Cardenal Casañas.—Comentarios.

Rendido nuestro tributo de consideración á los felibres provenzales, con Pépratx á la cabeza, pasaremos por alto la serie de intrigas que se tramaron desde aquí para enemistarles con nuestro poeta, pues no pretendemos historiar punto por punto cuanto le aconteció á Verdagner hasta que recobró la misa. Lo pasaremos, pues, en silencio porque tendríamos que repetirnos describiendo de nuevo los procedimientos de siempre. De la lectura de esa correspondencia se desprende que querían servirse de Pépratx como de un auxiliar providencial para devolver la misa al poeta, enriquecerle, procurar su bienestar y depararle una vejez apacible; se corrían tanto en prometer y tan lisonjeros se mostraban para con su víctima, que el noble intermediario, en su afán de beneficiar á su amigo y salvarle de tanto apuro, adelantó proposiciones que solucionasen prácticamente el conflicto; mas, como siempre, surgieron entonces las dificultades y como por arte mágico todo el plan se frustró.

La verdad es que cuando los enemigos de mosén Cinto pedían parlamento y salían con proyectos nuevos para llegar á una reconciliación, era solo con la mira de entretenerle y ganar tiempo. Esto ocurría siempre que llegaba á sus oídos la noticia de que iba á publicar algo en la prensa. Era tal el pánico que de ellos se apoderaba que inmediatamente salían emisarios que le prometían más de lo que pedía, y como mosén Cinto no escarmentaba, les daba oídos, discu-

tía largamente con ellos, emborronaba instancias, y después de tanto mareo no resultaba nada. Era tan santo que no llegaba á comprender que lo único que se proponían con la trifulca que armaban era paralizar su acción, y lo lograban casi siempre. Así ocurrió con la misa que debía celebrarse en Montserrat señalando fecha, por la que recibía innúmeras felicitaciones y se le encargaba lo hiciese á la chita callando evitando manifestaciones que pudieren molestar al ogro de Vich; y se lo creía á pies juntillas y se restregaba las manos alborozado porque nadie como él apetecía la paz. Y en efecto: al aproximarse la fecha de la solemnidad, se dió largas al asunto y ni las licencias parecían ni la vergüenza de los falaces diplomáticos tampoco.

El vicario general del obispado de Gerona, Dr. Font, intervino también en estos fregados. Intimo de Morgades, se vanagloriaba de alcanzar en favor de mosén Cinto más de lo que le convenía. Con respecto á la misa podía darse la cosa por hecha en cuanto suscribiese cartas de sumisión, declaraciones de ortodoxia y dejase de escribir en la prensa. Y el bueno del poeta acudía á todo y se humillaba ante su tirano implacable para no incurrir en pecado de soberbia; pero la misa no venía. Maduro ya su ánimo para todas las transacciones posibles, se le plantea el problema de que abandone la familia Durán y la obtendrá sin más dilaciones. Pero á esto arguye: «¿Dónde iré si salgo de esta casa? Si estando salvaguardado por ella antes de haberme quitado las licencias, Morgades mandó la policía, merced á las complacencias del gobernador, para arrancarme de Barcelona y llevarme al asilo-manicomio de su propiedad, si yo mismo abandono mi fortaleza y me entrego inerte ¿qué me pasará?» Ese razonamiento, que desarrolla magistralmente en una de las cartas que publicó, de puro lógico se cae de su peso, es irrefutable. Mas como al Dr. Font no le importaba gran cosa que la víctima se pudiese en una celda y bajo candado, procuró comprar á D.^a Deseada Martínez con dinero y halagándola con proposiciones que garantizasen el futuro bienestar de sus hijos. Ni así pudo ablandarla ni vencer su heroica obstinación. Y como por ese camino viese claramente que nada

conseguiría, insistiendo en sus propósitos, preparó el ánimo de mosén Cinto, de suerte que le dió á entender que obtendría el deseado *exeat* de Morgades, si algún obispo le quería por súbdito. Y resultó que los obispos no contestaban á sus instancias como si fuesen de un orate ó de cualquier curilla de misa y olla; no parecía sino que álguien les hubiese puesto previamente de común acuerdo *Busqueu qui os vulga*, se le dijo, y el pobre poeta llamaba á todas las puertas, gastando un dineral en sellos, y ningún obispo le contestaba.

Era un suplicio lo que con esto pasaba pues no se le alcanzaba que un hecho tan sencillo como mudar de obispado, una vez obtenido el permiso ó el *exeat* de su jerarca, pudiese tropezar con dificultades, tanto más cuanto que por experiencia sabía que era cosa llana, sencilla y corriente para todos los demás capellanes; si con él no sucedía así era porque una mano invisible le ponía obstáculos invencibles. Semejantes sospechas, tan puestas en razón, le desalentaban y quería romper con el Dr. Font al comprender que jugaba con su buena fe; mas cuando la cuerda se ponía tirante hizo el hábil negociador un cambio de frente, y visto que ningún obispo le quería por súbdito, le propuso obtener el deseado *exeat* para capellán castrense. Dice Verdaguer en sus memorias íntimas que la proposición le pareció admisible; más lo consultó con la almohada y con un amigo. Muy serias y atinadas serían las reflexiones que este amigo le haría cuando vemos que se acuerda entonces de que los que están inscritos en el ejército deben obedecer pasivamente las órdenes que reciban y ponerse en marcha cuando así lo manden; que ardía á la sazón la guerra en Cuba y Filipinas y que bien pudiera ocurrir que todo ello se redujera á enviarle tan lejos que no volviese en la vida. Así suponemos le hablaría el susodicho amigo, pues en notas sucesivas consigna estas razones como quien se acuerda; habla del lazo que le tendían y da gracias á la Virgen por haberle salvado *d'aqueix parany*.

Apuntamos el episodio por lo interesante y por demostrar que en el desamparo en que le habían sumido contaba

todavía con amigos leales que sabían aconsejarle prudentemente y sin meter ruido.

Convencido al fin Verdagner de que el Dr. Font no trabajaba en su favor, aunque otra cosa le pareciera antes, prescindió de ese sujeto y aún en una de las cartas que publicó lo puso en la picota refiriendo algo de lo ocurrido.

Esos fracasos sucesivos y repetidos le abatían momentáneamente; mas luego reaccionaba y embestía de nuevo. Partiendo de la convicción que tenía de su inocencia, le parecía que debía convencer á cuantos se dirigía y recabar justicia; mas no contaba con que la justicia en este mundo no se otorga fácilmente cuando una influencia poderosa se interpone entre el juez y la víctima. Cuando la experiencia se lo demostraba así, impasible y fría, despertaba de su ensueño; la agudeza de sus dolores de hombre enfervorizaba su misticismo y remontando el vuelo se extasiaba en las visiones celestes... Así se escribieron sus «Flors del Calvari»; cada una de aquellas poesías tiene su génesis en uno de esos sucesos amargos de su vida íntima, que ignoramos cual sea, pero que en ellas palpita como su *primum movens*.

La idea fija de obtener la misa le absorbía como una obsesión; no cejaba para conseguirla y conforme veremos luego se dirigía á monseñor Cretoni, nuncio de Su Santidad, al cardenal Monescillo, cuyo borrador en catalán resulta sentidísimo, al cardenal Casañas y hasta á la Infanta Isabel. De todos impetraba auxilio, á todos expresaba sus cuitas, diseñaba á grandes rasgos la negra historia de las persecuciones que sufría, procurando no dañar la fama de Morgades y atenuando las tintas cuanto podía; hablaba de su miseria y de sus privaciones con los acentos de la madre que mendiga para sus hijos... Era como una locura; quería la misa, la misa á todo trance, costase lo que costase; no tenía en cuenta que en sus tenaces peticiones vivía distanciado de la realidad y casi, casi se ponía en ridículo y daba la razón, bajo cierto aspecto, á los que le tachaban de loco... Nada de esto veía, en nada de esto reparaba. Quería la misa como un doncel vehemente á su amada. La misa era el consuelo de su alma exaltadamente religiosa; era la vindicación de su

honra que habían cruelmente mancillado los sayones de Morgades y era también ¡hombre al fin! un mendrugo de pan...

* * *

Uno de los prelados de quienes primero se acordó Verdagner para que mediase en el asunto de la misa, fué el cardenal Monescillo. La fama de sus virtudes, la entereza que demostró en algunas ocasiones ante insinuaciones de aquellas que hacen doblar espinazos de acero (recuérdase al efecto su conducta cuando el nuncio Rampolla se interesaba por la constitución de la «Unión Católica»), su caridad inagotable, su popularidad en Valencia, moverían al vate á exponerle sus cuitas. Ignoramos si la instancia, exposición ó como quiera llamarse, se envió efectivamente; el borrador sí existe y obra en nuestro poder. Está redactado en castellano no muy puro y á la letra dice:

J. M. J.

Eminentísimo Sr. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Toledo.

Emmo. Sr.:

Sin otro título que el de sacerdote de Jesucristo, me atrevo á pedir á V. E. justicia en la triste situación en que me encuentro.

Mi nombre tal vez no le sea desconocido y una vez tuve el gusto de besar su anillo estando en Valencia en calidad de Mantenedor de los Juegos Florales.

Después de 18 años de estar de capellán en casa del marqués de Comillas entró un jesuita en ella y poco á poco, arrinconado como un mueble viejo, enfriándose el trato, me encontré un día en la calle, pobre, viejo y calumniado, sin otro amparo que el del cielo. Me dijeron que me fuese por dos meses á una ermita de Vich, he estado dos años y acen tuándose la calumnia y viendo que se quiere hacerme pasar por loco hasta meternme en un manicomio, he bajado á Barcelona y por dos veces el Sr. Obispo de Vich ha mandado agentes de policía á mi casa para llevarme preso á Vich.

Mis enemigos son muy ricos y yo soy muy pobre; este es mi crimen. Ellos tienen todas las influencias y todos los caminos tomados y á mí solo me queda el del manicomio en donde me harán volver loco de veras si un alma poderosa y buena como la de V. E. no me ayuda.»

Hasta aquí el borrador; ni hay fecha ni sabemos si continúa en otro papel, que no conservaría, ó si acaba aquí. Sea como fuere la muestra copiada sobra para demostrar el escaso sentido de la realidad de Verdagner, porque, supuesto que el Primado de nada estuviere enterado, debía causarle un efecto desastroso la misiva, caso de haberse enviado.

He aquí otra carta:

J. M. J.

Serenísima señora:

Recordando las inmerecidas muestras de afecto que usted me dió en su venida á Barcelona (aquí hay un claro y luego sigue):

Me encuentro en una gran tribulación. Hace dos años estoy arrinconado y pobre en una ermita de Vich haciéndome pasar por loco (*textual*). Para deshacer esa para mí terrible preocupación he venido á Barcelona y el gobernador, instigado por el Obispo de Vich, ha mandado por dos veces la fuerza pública á buscarme. Por milagro de la Virgen no estoy en sus manos. Haga V. A. cuanto puede para que me dejen en Barcelona, en donde con nadie me meto, deseando solo servir á Dios y escribir. Las miras que ellos tienen para llevarme á Vich ellos las sabrán, pero no son muy buenas.

Suplico á V. A. se sirva recomendar el asunto al señor N. A., rogándole me dejen.»

Sea cual fuere el valor de estos documentos, surtiesen ó no el efecto deseado ó lo surtiesen contraproducente, ellos demuestran la impresión de terror que en el alma de Mosén Cinto dejaron las violencias de la fuerza armada y como le sobrecitaba hasta el paroxismo la idea de que le encerrasen en el manicomio. Proponerle ir á Vich, hasta para des-

enterrar un tesoro que remediase su miseria, era un intento temerario; todas las energías de su espíritu, de ordinario adormecidas y latentes, despertaban de súbito, como fulgores instantáneos, ante esa idea, y el hombre abúlico, flojo y displicente en el obrar, replicaba con inquebrantable decisión: *Aixó no pot ser*.

No olvidando, pues, ese precedente psicológico, por otra parte tan natural y lógico, calcúlese el efecto que debieron hacerle dos gerarquías eclesiásticas que se dignaron contestarle cuando como condición previa para otorgarle las licencias le imponían la sumisión incondicional y absoluta al Obispo Morgades, quien en carta redactada y firmada de su puño y letra *le perpetuizaba* en el asilo-manicomio, le mandó *un vale* de ingreso y los estatutos del establecimiento. A Monseñor Cretoni, Pronuncio Apostólico de S. S., le expuso Verdagner su situación, la potísima razón en que fundaba su tan asendereada desobediencia, caso indiscutible de *metus gravis*; más el cardenal se desentendía de razones y exigía la sumisión previa sin garantizar nada. Entre los documentos del poeta existe una exposición escrita con alma, razonada con una lógica incontrastable, y firmada por un hombre de corazón, el Sr. Jaumeandreu, en que se le demuestra al Nuncio que Verdagner ni puede ni debe someterse á su Prelado porque no obra conforme á derecho ni á justicia; mas Monseñor Cretoni, desde su altura olímpica, se desentendió de razones, desdeña la discusión y en 30 de julio de 1896, contesta á Verdagner:

Ilustre Sr. D. Jacinto Verdagner: Pbro.

Barcelona

Muy señor mío de mi mayor consideración: llegó oportunamente á mis manos su muy atenta del 6 del actual, y la leí con el mayor interés; pues aunque no conozco á usted personalmente no puede sonarme desconocido su nombre que tanta celebridad ha alcanzado en la república literaria.

Siento mucho el estado en que usted se encuentra, y pido á Dios le conceda la abundancia de sus gracias y las fuerzas para salir del mismo.

No conviene confiar mucho en su propio juicio especialmente cuando se trata de asunto que á nosotros mismos se refiere; todos podemos errar (1).

Por esto le exhorto á deponer cualquiera prevención que haya usted concebido contra determinadas personas, dirigiéndose con toda sinceridad y confianza á su Prelado, que le quiere entrañablemente. El año pasado en la visita que le hice á Vich me habló de usted más de una vez y le aseguro que sus palabras revelaban el cariño de un padre hacia su hijo. (*Facta non verbal*)

Este paso le costará trabajo, mas le dará la paz del espíritu que usted busca con tanto anhelo. Pida con instancia á Dios las fuerzas necesarias, encomiéndose mucho á la Virgen María, nuestra dulce madre, la cual intercederá por usted.

Conociendo sus sentimientos religiosos, estoy seguro de que con indignación rechazará las malignidades de los herejes; bien comprende usted en su ilustración que es la mayor ofensa que se le puede hacer á un católico la de incitarle á la apostasía.

Dígnese el cielo asistir á usted con sus gracias y hacerle conocer el camino que ha de tomar para encontrar lo que anhela.

Bendiciéndole de todo corazón y esperando una noticia consoladora me ofrezco de usted

Atento s. s. q. b. s. m.

S. Card. Cretoni Pro-Nuncio Apostólico

Verdaguer se quedó como antes después de tan cariñosa contestación. Demandaba auxilio contra un prelado que le maltrataba; se lo cuenta al Nuncio y el Nuncio le dice: cuéntalo á la Virgen que ella te salvará. Increpaba á Cretoni cuando escribió:

Ministres del Evangeli: donchs ahont es la caritat?

(1) Así es cuando se trata de juicios, pero no cuando se trata de hechos, y el hecho es (consta la orden documentalmente), que querían encerrarle. Eso es salirse hábilmente por la tangente.

Puede que sí y á otros muchos también. Encontró el misero tan gran número de *Cretonis* en el áspero camino de la vidal...

* * *

Interesó también nuestro poeta al Cardenal Casañas, á la sazón obispo de Urgel, para recobrar la misa. Que le escribiera lo ignoramos, pues no han quedado los borradores ó no han llegado á nuestro poder, pero no es aventurado suponer que procuraría recabar su poderosa influencia para obtener el *exeat* del obispo de Vich y librarse de su vasallaje. Más, por lo que colegimos de la carta que le escribe con fecha 17 enero de 1897, tampoco admitía se le plantease la cuestión en términos razonables; como *conditio sine qua non* exige de buenas á primeras la sumisión á Morgades, una reparación pública y el reconocimiento de su falta, esto es, la desobediencia. Morgades le quitó las licencias por haberle desobedecido; no tenía otro fundamento en que apoyarse, ni alega otro. Porque desobedeció mosén Cinto? debía en conciencia sacrificarse al voluntarioso proceder de su prelado? podía alzarse, de contar con medios, de la pena impuesta? Por dos meses le mandan á la Gleba; pasa allí dos años largos; se le veja, se le humilla: santo y bueno! que lo soporte resignadamente que por algo le rezaron los responsos cuando se ordenó. Mas se le hace pasar por loco; cunde en todo el obispado el rumor de su desgracia; el rumor se condensa y pasa á convicción. Nadie duda; todos afirman. Quien propala estos rumores? Los confirma el marqués de Comillas; los declara públicamente Morgades en Madrid según versión testimonial que consta en forma. Que la calumnia proceda inicialmente de Morgades, como es lógico y natural suponer dados los antecedentes, que sea otro su origen, nada importa, ello es que cunde y se extiende, como una onda sobre el agua, y acabará moral y civilmente con la personalidad de Verdaguer. Debe éste consentirlo? debe dejarse matar, que tanto vale dejarse recluir en un manicomio?

Penetrado de los precedentes inductores de la desobediencia, un amplio espíritu de caridad absolvería al pecador

y aun le arrimaría el hombro para ayudarle en la fuga; mas aun prescindiendo de todo sentimiento de caridad y ateniéndose á la rigidez, seca y agria, del derecho canónico, cabría replantear aquí, con ocasión de la carta del Cardenal, la misma cuestión que planteamos con motivo de los ampulosos desplantes de Verdaguer y Callís: debía en conciencia obedecer la orden de su prelado habida cuenta circunstanciada de los móviles que la inspiraron? Dirán los formalistas, esos que todo lo sacrifican al buen parecer olvidando que la letra mata y el espíritu vivifica, que *de intentiones non iudicat ecclesiam*; pero y de los hechos, de lo que se toca y de lo que se ve, ¿acaso no juzga la Iglesia? Un consejo de moralistas, imparciales y probos, ¿cómo resolvería la cuestión? debía huir mosén Cinto? debía quedarse y esperar pasivamente el sacrificio estéril de su personalidad moral y civil?

Mas Verdaguer no presentaría, de seguro, su asunto en esos términos á su paisano el cardenal Casañas, que antes bien es de suponer se dirigiría á su corazón de cristiano invocando su caridad y excitándole á que se apiadase de su inmenso infortunio. A todo lo cual, supuesto que así fuere, contestó S. E. de la siguiente manera: (Hay un membrete rojo que dice *El Cardenal—Obispo de Urgel—Particular*).

Rdo. D. Jacinto Verdaguer, Pbro.
Barcelona

Mi querido señor: acabo de recibir carta del señor obispo de Vich y me apresuro á ponerle á usted al corriente del estado de su asunto.

No dude usted que el señor obispo no tiene empeño en que continúe usted sin el uso de licencias; antes está dispuesto á facilitarle á usted que normalice su situación aun á costa de sacrificios pecuniarios por su parte; pero siempre en el supuesto de que proceda la reparación debida, de que la autoridad del prelado quede en el lugar que le corresponde y no le resulte responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Cree ante todo el señor obispo que atendido lo que ha pasado, no puede concederle continúe usted en Barcelona; y

por lo mismo no cree poder aceptar bases de arreglo si antes no se traslada usted á otro punto (no ha fijado el tiempo que deberá estar fuera). Se acuerda usted que sin estar yo enterado le apunté esta idea como medio de facilitar un arreglo?

No le asuste á usted la idea de volver á Vich, pues no le exige que vaya allá para el arreglo; ni le preocupe su falta de recursos, pues él se ofrece á correr con los gastos necesarios. Yo no sé: pero me parece que si se le propone que vaya usted v. gr. á Montserrat, lo consentirá.

Desde fuera de Barcelona está dispuesto el señor obispo, con tal que se someta usted á su autoridad, reconozca su falta (no olvide usted que desobedeció usted á su prelado) y dé una satisfacción pública, repito: que está dispuesto á devolverle las licencias. Lo que no puede consentir el señor obispo, es que continúe usted en Barcelona; y en esta situación no está dispuesto á concederle el *Exeat*.

Recuerdo bien que le repugna mucho á usted separarse de la familia con quien vive y que á juicio de usted es una familia ejemplar; pero también sabe le dije, que la Iglesia quiere que las personas que viven en compañía de los sacerdotes no sólo sean buenas, sino que también lo parezcan. No es esto decir que yo formule queja alguna contra esa familia, pero si el prelado cree que debe usted separarse de ella, ha de obedecer.

En cuanto al *Exeat* no creo que se preste ningún prelado á aceptarlo, ya sabiendo de antemano que no ha de permanecer en la diócesis; lo lógico es que al pedir la incardinación en un obispado se quiere vivir en él. La condición explícita ó implícita de hacerse súbdito de un obispo, pero vivir en otro obispado, ya comprende usted que sería poco decorosa para el prelado que haya de aceptarle bajo su jurisdicción.

Créame usted: entréguese confiadamente á su prelado, que ya sabe usted tiene mucha nobleza de corazón y no se deja vencer en generosidad. Propósito de fastidiarle ya sabe usted que no tiene ni es capaz de tenerlo: sométase á sus órdenes é insinuaciones, que no ha de arrepentirse. Creo es este el camino más corto y más expedito: el temor de que le

encierren á usted es del todo infundado, en cuanto se rinda á la autoridad del prelado.

De usted siempre afmo. en el Señor

† El Cardenal Casañas.

La lectura de la carta preinserta dejaría atónito á Verdagner. Para esto no necesitaba interponer la influencia de Casañas, pues de sobras sabía que retractándose de todo cuanto había dicho y escrito, quemando incienso ante Morgades, vindicándole ante los hombres, ya que ante Dios no era posible, á costa de su propia honra, descalificándose en suma, puede que Morgades le hubiese perdonado (!!!) para acabar con ese asunto, ó quizá le hubiese confinado á la Gleba otra vez ó á otro más humilde lugarejo donde no pudiese resollar; ó puede que, desvanecido con su triunfo, al cabo de algún tiempo y sin levantar ruido hubiera insistido en recluírle como antes. Para esto el trabajo se le daba ya hecho, pues á sus defensores incondicionales nos habría reducido al silencio la retractación del poeta y quizás le habríamos juzgado loco de veras, pues en su sano juicio no podía seguir los consejos de Casañas. Abandonado entonces de tirios y troyanos, y por su culpa, en el caso de que Morgades no obrase de buena fe, ¿qué le habría ocurrido á Verdagner? reflexionó el cardenal las consecuencias que sus consejos podían acarrear al poeta caso de seguirlos? ¿hay alguien en el mundo que, en vista de los precedentes en esta historia consignados, puesta la mano sobre el corazón, no pueda siquiera dudar de la buena fe del obispo de Vich? ¿qué garantías le daban Cretoni y Casañas de que nada malo le ocurriría? Ambos cardenales se preocuparon mucho de salvar el principio de autoridad; de los eternos principios de la justicia, ante los que deben hincar la rodilla las autoridades que se exceden y no saben serlo, no se acordaron. Ocurrió á sus eminencias lo que al sargento, rabiosamente ordenancista, para quien el capitán siempre tenía razón, y en el caso de faltarle también había que dársela por el hecho de ser el capitán. Esto es todo.

Los hechos que se desarrollaron después vinieron á de-

mostrar que si Morgades no devolvía las licencias á Verdagner era porque ni Cretoni, ni Casañas se interesaron en favor del sacerdote inficuamente expoliado de sus augustas funciones. En la balanza pesó más una mitra que los derechos de la inocencia hollados á mansalva. En el año de 1897 al 98 bastó que un fraile agustino de Madrid, el P. Miguélez, se persuadiese, por obra providencial, de la inocencia del santo poeta y de la pureza de sus relaciones con doña Deseada Martínez, para que removiese cielos y tierra, juntasen en un haz innúmeros literatos castellanos, que se declararon abiertamente defensores del vate catalán, y todos juntos en poderosa falange obligasen á Morgades á devolverle las licencias, concederle el *Exeat* y reponerle de nuevo en su dignidad de hombre. Y para obtener todas esas concesiones de Morgades, del soberbio Morgades, del obispo despampanante, ni fué preciso que Verdagner se retractase de las verdades que había contado, oro purísimo y de ley, ni que se sometiese otra vez á su yugo tiránico, ni que redactase profesiones estúpidas de fe el sacerdote más sinceramente creyente que jamás haya sido ungido: bastó una simple solicitud. Si esto consiguieron el P. Miguélez, el P. Blanco, el obispo de Salamanca, y la nobilísima hueste de intelectuales que acaudillaban allá, lejos, en tierras de Castilla, es porque se inspiraron en un sentimiento ardoroso de caridad para el genio de Cataluña, que no sintieron Cretoni, ni Casañas, ni esas almas frías como las babosas que, con todo y figurarse seres superiores, presenciaron el hundimiento del vate, derrotado y maltrecho, con desdeñoso desabrimiento.

El triunfo de Verdagner es una historia amarga, tristísima. Ella dá la medida colmada de quien era Morgades; dá la medida también de la caridad de jerarquías eclesiásticas en quienes no brilla tanto esa virtud, hija del cielo, como la púrpura que ostentan; y constituye á la vez un padrón de ignominia, no para nuestro pueblo que siempre estuvo identificado con su poeta, sino para esa turba de cretinos, suficientes y vanos, que pupulan por ahí, como los hongos en el estiércol, para quienes el genio y la gloria son de quita y pon según las ensalce ó las postergue un cualquiera que haya llegado á obispo.